

**La melodía de Eros. La importancia del deseo
en la formación profesional para ser y hacer en el mundo**
Lectio brevis, lección inaugural del ciclo académico 2013-2014, ITESO

Dr. Antonio Sánchez Antillón¹

Estimado padre Rector Juan Luis Orozco, Maestra Gisel Hernández Chávez, Director General Académico, docentes y alumnos de nuestra universidad; buenos días a todos.

Me dirijo el día de hoy a la comunidad universitaria gracias a la invitación de la Dirección General Académica, para hacer una Lección Breve a esta comunidad que, por su riqueza, es heterogénea.

Cuando me invitaron, y sabiendo de mis limitaciones en el conocimiento de las ingenierías, de las ciencias económicas y de las administrativas y de mis fortalezas en el campo de las ciencias humanas, me pregunté, ¿cuál puede ser un referente común a todas las profesiones? Bueno, en la pregunta ya había una parte de la respuesta, ya que todos los que estamos acá ejercemos una profesión o estamos en proceso de una formación profesional. De frente a este tema es que pregunto ¿qué es ser un profesional en esta época, en un país convulsionado por la violencia institucionalizada en grupos formales e informales de poder, en una universidad con inspiración ignaciana? Para desarrollar la respuesta advierto que en este discurso hablaré de tres puntos:

Inicialmente enunciaré algunos datos de la problemática nacional, para después discurrir sobre las facetas de eros en la mitología griega y, finalmente, desarrollaré algunas ideas de cómo la presencia de *Eros* es fundamental en el proceso de la formación profesional.

Cito solamente tres datos sobre la realidad nacional:

1.- A la fecha los periódicos y datos estadísticos mencionan una cifra de “incontables muertos”. Por ejemplo, según el periódico de *La Jornada* de esta semana, hasta diciembre del 2012 se registraron en el país 150 mil muertos por la violencia y el narcotráfico. Muchos de los cuerpos se han encontrado en fosas clandestinas, muchos de ellos antes fueron “levantados” y desaparecidos.

2.- Estamos en un país en donde en los últimos dos años, 500 mil mexicanos se sumaron a la pobreza, para quedar en el 2012, en un total de 53.3 millones de personas en condiciones de alta precariedad, según cifras del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de

¹ Maestro en Teoría Psicoanalítica por el Centro de investigación en Estudios Psicoanalíticos (México) y Doctor en Psicología por la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (Argentina). Director del Departamento de Psicología, Salud y Comunidad.

Desarrollo Social (CONEVAL). La mayor pobreza está en las zonas rurales, sobre todo del sureste del país.

3.- Según el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la UNAM, de la población total del país, 5.4 millones de personas son analfabetas, 10 millones no concluyeron la primaria y 16.4 millones no terminaron la secundaria. Sólo tres de cada 10 mexicanos, de entre 19 y 23 años, tienen acceso a la educación superior. De cada 100 niños que ingresan a la primaria, sólo 50 concluyen sus estudios del nivel medio superior, 21 egresan de su instrucción universitaria y sólo 13 se titulan.

Enuncio estos datos para recordar que estas son algunas tristes condiciones que envuelven la cotidianidad de nuestra vida social, y que es de frente a esta realidad, que nosotros como estudiantes y docentes, podemos o no responder.

Ante esta dureza de los datos viene a mi mente una frase del poeta Hölderlin: “Pero donde hay peligro, allí mismo, crece lo que salva”.

Quiero hacer una primera expresión amorosa al ambiente de formación del ITESO, ya que es un espacio donde los lazos que se entretienen tienen como horizonte la esperanza. Y para no quedar como mensajero de la muerte (ya hay muchos en los medios de comunicación) sino de la vida, los convoco a pensar en “el amor por buscar formarse y ejercer la vida profesional”. Primero quiero advertir la fuerza de Eros, quien por cierto tiene distintas facetas. La genealogía de Eros es tan diversa, que algunos lo colocan como uno de los dioses primigenios, junto con Gea y Caos, nacidos del huevo original que dividió la noche y el día. Otros colocan a Eros como hijo de Poros, la abundancia, y de Penia, la carencia, la pobreza. Otros más lo colocan como hijo de Afrodita y Hermes (mensajero de los dioses), de ahí su figura de niño alado. Otros más dicen que Eros fue hijo de Afrodita (diosa del amor) y Ares (dios de la guerra, la fuerza bruta y la violencia).

Para mí, fue hijo legítimo de Afrodita y de Hefestos (dios del fuego y la forja). Porque todo vínculo de amor enciende en los humanos un fuego que forja los lazos sociales y sumerge en las pasiones. Por otro lado, a Anteros, hermano de Eros, sí le viene el ser hijo de Afrodita y de Ares, ya que se ha presumido de él que es el vengador de quienes no han sido correspondidos en el amor. Entre paréntesis, yo creo que la cara de desazón que tiene el cantante Gotye y Kimbra en la canción “Somebody that I used to know”, puede ser un emblema de ese dios vengador del desamor que es Anteros.

Es interesante la relación entre Eros y Anteros como hermanos. Por ejemplo, se dice que siendo Eros un niño regordete de tres años no crecía. Afrodita, preocupada, pregunta por ello al oráculo de Temis (la ley de la naturaleza). La respuesta enigmática fue: Eros no crece sólo. Al cabo de un tiempo, Afrodita y Ares dan a luz otro hijo llamado Anteros. Fue

interesante ver que era de mayor belleza que el mismo Eros, y sobre todo un fenómeno curioso sucedía cuando Anteros se acercaba a Eros, a saber: el niño regordete tomaba la figura del joven apuesto que en realidad era. Así pues, entendió Afrodita que Eros sólo crece con la pasión. Su tercera hija es Hedoné, el placer. Quizá los griegos, con este relato, señalan que toda relación humana está preñada del amor, de la pasión vengadora y del placer.

Otra de las caretas amorosas de Eros es el *ágape*, el amor creativo y universal que puede referirse a abstractos como la humanidad o la verdad. Finalmente, quiero mencionar el amor como *filia*, que es aquella ternura que une a los padres, maestros o tutores con sus pupilos. Este ágape, amor filial, es el que he escuchado repetidamente en los discursos del jesuita que ahora despacha en el vaticano, quien, al dirigir sus palabras a los jóvenes, les convoca diciendo: “hagan lío” y “no teman a la ternura”.

¿No les parecen bellas estas recurrencias narrativas de los griegos? A veces me pregunto por qué tuvieron que revestir con estos bellos cuentos de amor a una sociedad como la griega, donde el desnudo era cotidiana crudeza. Quizá hoy tendremos que recurrir a bellas figuras retóricas para que lo obsceno, que hoy es un ideal de vida en tanto imperativo de gozar, vuelva a dar lugar a la cara de Eros, Ágape y la verdadera Hedoné.

Seguro que ustedes en su paso por la universidad, de algún modo serán arrebatados y disfrazarán sus semblantes y sus relaciones de algunas de estas caretas de Eros. Muchos de ustedes seguro que hoy mismo ya viven la tragedia del amor romántico, y posiblemente alguna de sus mejores amigas o amigos se envalentonan tomando su causa y, cual Anteros, vengan al desamor. De eso no les tengo mucho que contar, más bien abriré mis oídos para aprender de los estragos que hace Cupido con sus flechas. Me abocaré entonces al Eros como ágape y filia.

Desde aquí interrogo el lema que nos convoca ¿Que tiene que ver eros con la vida profesional?

Creo que la figura de Eros como ágape y filia ha estado presente tanto en la elección de una carrera, como de una universidad. Muchos de sus padres han puesto sus amorosas expectativas en su participación en la vida universitaria. Supongo, además, que la mayoría de los aquí presentes están llamados a venir a una universidad y a estudiar una profesión. Si pensamos un poco nuestras motivaciones, que son más o menos conscientes, algunos aludirán que estudian “merca” o Contaduría para administrar el negocio familiar. Otros, que Educación o Psicología porque quieren ayudar a los demás. Unos dirán que Ingenierías o Matemáticas porque es la profesión que ejerce su padre y claro, porque son buenos para los números. Además de estas importantes motivaciones personales, es válido reconocer

que ser profesionista es un proceso que coloca a cada uno de nosotros en una cadena productiva en este sistema económico en el que vivimos, por lo que obtener un papel que diga Licenciado, Ingeniero, Contador, Arquitecto, etcétera nos coloca en una posición particular frente a otros agentes sociales, sean estos quienes nos contratan, o nuestros conocidos más cercanos. Es decir, ser profesionista implica una ventaja honorífica en la vida social, pero creo que, además, es una responsabilidad. Por ello, la cita que hice al inicio con datos de la realidad del país no tiene la pretensión de convocar a la culpa, sino a la corresponsabilidad que todo ciudadano tiene con su medio social, por lo que los conmino a pensar valientemente cómo influir en la sociedad de manera positiva y en contra de las dinámicas de corrupción.

La responsabilidad profesional no inicia cuando se egresa de la universidad, sino en el momento mismo del ingreso y en el proceso de formación.

Ustedes que ingresaron al ITESO lo saben, y eso ya es una toma de posición. Cuando pregunto a los alumnos de primer ingreso, por qué el ITESO, me responden cosas que suponen que uno quiere escuchar: porque es la mejor universidad, por su sistema de educación, por los jesuitas, etc. A lo que yo respondo con una sentencia: si entraron a esta universidad porque valoran el nivel académico, éste no se sostiene por los planes de estudio, ni sólo por los docentes, sino por el compromiso y las acciones que ambas partes hacen en esta relación profesional. Los estudiosos de la educación nos dicen que la formación profesional debe estar sostenida en tres tipos de competencias: el saber-saber, el saber hacer y el saber convivir. Las dos primeras pueden ser pensadas desde Aristóteles como la técnica (la *techné*), referida a los oficios y las artes. Y siguiendo a Nussbaum (1995) asevero que esta tiene tres ingredientes:

- 1.- Conocimiento universal, noción general sobre cosas semejantes que permite predecir.
- 2.- Un conocimiento que aspira a ser preciso.
- 3.- Y un interés por la explicación. Es decir, plantear el porqué de los procedimientos tratando de dar respuestas. Se debe decir de qué se trata, por qué se produce y cuáles son los efectos, y además deberá ser trasmisible.

En síntesis: las competencias profesionales, siguiendo la analogía de la técnica griega, serían: un saber hacer, saber mejor (con razón) y saber transmitir.

La formación profesional es un logro que se ha generado gracias a la experiencia del hombre en su devenir, en su hacer historia. Y si bien en siglos anteriores se ha venerado el saber por el saber mismo, hoy más que nunca estamos enfrentados a la caída de ese culto, pues el saber, si no está referido a la necesidad práctica y a sus problemáticas sociales, queda

como objeto de anticuario -diría Nietzsche-. Sin embargo, a la inversa tampoco sería deseable; si el *saber hacer* se desliga del por qué, se borra el saber como un hacer fundamentado y queda como una simple instrumentación, como un saber técnicamente empobrecido.

El sistema capitalista aspira a tener profesionales robot. Aspira a reducir el campo de la libertad humana y de la voluntad a la capacidad de compra. Esta es una nueva forma de promover la esclavitud o alienación del sujeto, ya que la comanda de “compro luego éxito” va acompañada de una búsqueda del efecto de demostración, a saber: tratar de demostrar a los ojos de los otros que mi poder de compra es mayor que el del otro. Cuando la aspiración humana del ser se reduce a esto, los valores por el bien común y la búsqueda de la creatividad quedan reducidos a nada. El imperativo perverso del capitalismo nos impone mandatos de gozar en el tener, cómo si la cosa fuera realmente la fuente del placer. Además, impone modelos transgresores, en donde la falsa Hedoné se vuelve signo de irreverencia, individualismo y desestimación del contrato social. Ese es el discurso del amo, del tirano que a la vez que nos manda a gozar de la transgresión tiene instrumentos para exhibir esa caída.

Por ello ahora se requiere un profesional que vincule el campo del saber hacer publicitario, del derecho, de la mercadotécnica, etc. con la búsqueda del bien común y la promoción de la justicia. Es deseable que estos profesionales, basados en la recta razón ejerzan de manera crítica pensando lo que hacen, con quién y para qué. No necesitamos autómatas cibernéticos promotores del consumo y la búsqueda de la ganancia para unos pocos.

Seguro muchos de ustedes buscan ser profesionistas que sepan hacer y que tienen como meta lograr los ideales puestos por sus padres en ustedes. Ser un buen profesional ya es ventaja en un país donde se carece de buena educación. Pero creo eso no es suficiente para quienes hemos sido formados en las universidades que están selladas bajo la insignia de Ignacio.

El saber convivir, que decíamos es la tercera competencia, es tan importante como las otras dos. Y este saber convivir está dentro de los procesos relacionales, tanto formales como informales, entre docentes y alumnos y alumnas. Ignacio de Loyola advierte al director de ejercicios cierto requerimiento de parte del ejercitante para poder llevar a buen término los mismos, a saber: *que haya sujeto*. Uno se puede preguntar sobre tal advertencia si cuando una persona llega como ejercitante no hay ahí ya un sujeto que demanda. A lo que podemos contestar a su vez: la presencia del individuo es apenas el punto de partida para la construcción subjetiva y, paradójicamente también, es el sentido final del proceso. Ya que si el sujeto no tiene al menos “deseo de deseo” no hay posibilidad de seguir el proceso.

Esta idea del Maestro Ignacio de Loyola, propongo, puede extrapolarse cuando uno recibe un estudiante en la universidad. Se puede decir que un elemento fundamental en el perfil de ingreso, más allá de los saberes medidos en el examen, sería: que haya disposición y un querer tan loco como el del enamorado. Ya que la construcción subjetiva tiene su fuente precisamente en la energía libidinal, en el *Eros* invertido en la llegada; tener al menos *deseo de deseo* de realizarse en una profesión es el *sine qua non*, la condición sin la cual, no hay sujeto de la educación.

La aspiración de querer ser profesionales, con la creatividad imaginativa que cada uno tiene al llegar a la universidad cuando expresa “estoy en el ITESO”, “quiero ser abogado” etc., se verá enfrentada a la dureza de la realidad que son las demandas de las tareas y los trabajos. A las tareas también las llamamos “deberes” y el trabajo, en la Edad Media, era una máquina de tortura. Este es el asunto, la aspiración inicial de ser un profesionalista, implica no sólo el esfuerzo de los padres por pagar cuotas, sino también un ejercicio personal diario por empeñar tiempo, dinero y esfuerzo por ese amor; por el Ila-amado a una profesión.

Muchos de ustedes seguro llegan gustosos al inicio de su vida profesional, aunque ignotos de los deberes que los conllevan. Hay que enunciar que hay una corresponsabilidad con esa disposición de llegada de parte de quienes conformamos la planta docente y el personal de apoyo de la universidad. La llegada a la universidad implica la apertura a una relación erótica que va de alumnas-alumnos, alumnos-maestros, maestros-maestras, con sus diferentes facetas de *Eros* que ya hemos dicho. Y como en los buenos juegos de apuestas, las variables relacionales están en juego gracias al dispositivo mismo. Es decir, las condiciones que ofrece la universidad desde sus recursos objetivos como son sus bellos jardines, su biblioteca y sus salones, hasta los recursos subjetivos con el personal de apoyo, administrativo y académico, generan un campo contextual que puede ser cultivo de un sujeto que busca apropiarse – agenciarse del guion de su historia personal y colectiva en su responsabilidad por hacerse profesional.

Una alumna el otro día, en clase, comentó que algo que le gustaba del ITESO era “que la gente respondía el saludo, sean los compañeros de clase, jardineros etc.” por lo que infería: “parece que la gente está contenta con lo que hace”. Esta es una bella expresión, un efecto, cuando el esfuerzo es aceptado gustosamente deja de ser un imperativo absurdo; la alegría entendida como el disfrute del hacer potencia la voluntad de poder de cada cual y en ella anida la mejor respuesta (responsabilidad).

La relación alumno-maestro, si no está inserta en la lógica del amor y sólo se queda en la apuesta del deber por el deber, borra de algún modo la condición para hacer una tarea fundamental, a saber: provocar que el alumno se vuelva el sujeto de su propio deseo por hacerse profesional. Claro que la relación filial o de ágape en esta relación implica que habrá

ciertos momentos de tensión, desacuerdos y dificultad, es decir que aparece Anteros como vengador. Pero creo que, en esos momentos, no hay que olvidar que ambas partes tienen que ir más allá de sus afectaciones personales pues están convocados por la universidad a la formación y al ejercicio profesional. La calidad del lazo social que establecemos entre docente y alumno genera una buena vida en la academia. Quizá solo la prevalencia en el esfuerzo en una relación amorosa por la formación, tendrá como resultado el nacimiento de la tercera hija de Afrodita y Ares: el placer, por ejercer la profesión misma.

Es importante la formación profesional (la consolidación de los saberes en saber hacer), pero para una universidad como la nuestra, no lo es todo. Además, pretendemos generar un sujeto pensante, un sujeto lanzado a un hacer creador, donde el deseo de ser y hacer con otros se vuelve la fuente vital de cómo ser en el mundo. Pero para pensar que la educación generará buenos profesionistas, pensantes y con deseos de un mundo más humano, no sólo se requiere amor por la profesión, sino un vengador del amante no correspondido. Debemos tener el valor suficiente para empujarnos a nosotros mismos, cuando la desidia o la negligencia borren de nuestro panorama el para qué de nuestros esfuerzos cotidianos en nuestro quehacer como alumnos y profesores.

Los convoco, pues, a ustedes queridos alumnos y alumnas, así como a los colegas docentes, en este inicio de semestre, para que nos dejemos seducir por el romance, por la erótica y por la ternura. Ya que sostener las metas profesionales en el registro de la responsabilidad es más llevadero cuando Eros nos deleita con su melodía.

Gracias por su atención y escucha y que tengan todos un buen semestre.